

Sus amigos dicen que es un hombre de ciencia que se ha pasado la vida entregado a profundos estudios. Yo no tengo derecho a poner esto en duda, aun cuando he examinado toda la colección de *Guipúzcoa Médica* sin hallar un solo trabajo suyo; esto no excluye la idea de que el Dr. Asuero tuviese inédita su obra hasta este momento. Al fin, esto es lo de menos cuando, efectivamente, surge un creador.

Asuero sale del cuarto como un torbellino, seguido de Tamiés. Va a actuar en su despacho, en ese cuarto soñado por millares de personas cuyo acceso es defendido por un hombre alto y forzudo, especie de *Ursus* siglo xx, que continuamente empuja pasillo atrás, oponiéndose a la invasión de los que pugnan por el arribo.

EN EL FAMOSO GABINETE

Aramburo viene por nosotros y nos introduce en el departamento de Asuero. ¿Sensación? No. Debemos declarar que el tremendo ambiente local de cosa maravillosa, de fenómeno ultraterreno, no ha pesado en nuestro ánimo nunca, pero mucho menos en este momento, en que entramos en el «fuerte» de Asuero y nos ponemos frente a él para observarle serenamente en su calidad de hombre interesante por la sabiduría que se le atribuye. Aquí hemos agudizado nuestra atención, a fin de poder reflejar, con la más escrupulosa veracidad, lo que allí se haga o se diga. Y aun cuando el ir y venir de Asuero en constante gritería y en arrolladora dinámica de su persona y de las personas y cosas que lo rodean podrían hacernos pensar que hemos caído del cielo en medio de una horrible tormenta, nosotros, tercios ante toda sugestión extraña, nos aferramos por cabalgar sobre una nube y no perder el equilibrio.

Ya en este punto, vamos a hacer una advertencia solemne: nuestra descripción entra en un momento en que el comentario, por ligero que fuese, tendría forzosamente que quedar excluído. La elocuencia de los hechos, referidos perfectamente desnudos, brindarán a cada cual la interpretación adecuada a su psicología y a su superior criterio. De lo que yo debo responder—y respondo con mi limpia ejecutoria de caballero—, es de la verdad y de la exactitud rigurosísima de lo que a continuación voy a referir, constatado, por lo que pudiera olvidarse, hasta en sus más nimios detalles, por el digno señor Gómez Echaurren, testigo presencial de las escenas.

* * *

El departamento de Asuero consta de las tres piezas clásicas en arte hotelero: gabinete de recibo, alcoba y cuarto de baño. El gabinete sirve aquí de antesala donde actúan los ayudantes y se detienen unos momentos los enfermos que van a ser asistidos. Varias sillas, diván, mesitas, etc. En una de éstas hay un gran retrato del infortunado Luis Egaña y otro de dos figuras femeninas, acaso familiar. Hay una mesita dispuesta para la documentación de la clientela. Sobre ella vemos un modelo de hoja clínica impresa. Precisamente la que acaba de fotografiar un diario madrileño para demostrarme que allí se llevan las cosas científicamente. Examinando esta hoja impresa, preguntamos a Aramburo:

—¿El historial de la clínica?